

Frete libertario

Madrid 16 de octubre de 1938

Editado por el Comité de Defensa Confederal, del Centro. Serrano, 111

NUMERO 605

PARA LA RECONSTRUCCION ECONOMICA DE ESPAÑA

En el mañana de trabajo, como en el presente de lucha, el pueblo español no debe pensar en ayudas extranjeras y solo debe contar con su propio esfuerzo

Cientos de veces hemos afirmado que nada absolutamente debíamos esperar del exterior que sirviera para resolver de una manera inmediata y justa el problema guerrero que pesa sobre nuestro pueblo. Siempre vimos con desconfianza, con franco escepticismo, la actitud de quienes esperaban que desde más allá de nuestras fronteras nos brindasen los asuntos resueltos; y si en alguna ocasión ha habido sectores que han considerado inconveniente nuestra posición, y que han llegado incluso a criticarla acerbamente, el tiempo, el simple transcurso del tiempo, ha venido a darnos la razón en cuantas predicciones hicimos en este sentido.

Por eso ahora, autorizado nuestro pensamiento por aciertos anteriores, nos creemos llamados a opinar en una cuestión que recientemente ha saltado a la actualidad española; es la que se refiere a la reconstrucción económica de España cuando haya terminado la guerra.

Primeras figuras de la política española se han dirigido a los pueblos extranjeros de raíz española, pretendiendo hacerles ver el papel de apoyo a España que les corresponde, y buscando al mismo tiempo la manera de convencer a los trabajadores españoles para que recurran al crédito y a la ayuda exterior para rehacer la economía destruida por la guerra. También ha llegado incluso a ampliarse el círculo de adhesiones espirituales, buscando en todos los pueblos del mundo una solidaridad económica para la paz, que nos ha sido rotundamente negada para la guerra. Pues bien; creemos que sufren un espejismo quienes así piensan. Y creemos que lo sufren porque desconocen, primero la ayuda que el extranjero está dispuesto a prestarnos, y después, lo que la aceptación de semejante ayuda implicaría al traducirse en correlativas obligaciones del pueblo español.

Hay muchas maneras de hipotecar la independencia de un país; esta independencia, no sólo queda disminuida cuando ciertas zonas o la totalidad de su territorio quedan sometidas a la influencia decisiva de pueblos extraños, sino también cuando esos mismos pueblos extranjeros llegan a adquirir una serie de posiciones económicas dominantes que hacen que el país en cuestión quede sometido a los dictados de los grandes tratos financieros que subvencionaron o ayudaron a su reconstrucción. En una palabra, la independencia política tiene un carácter de segundo plano, y aparece totalmente sometida a la independencia económica que es la que tiene rango principal.

De ahí también que nos opongamos, por juzgarlas impolíticas y antieconómicas, a esas pretendidas ayudas financieras que pudieran venirnos del exterior. Pensar en ellas, es pensar en que el capitalismo internacional puede mostrarse dispuesto a apoyar la reconstrucción económica de un pueblo que ha luchado y lucha por el logro de las aspiraciones de sus proletarios. Y eso, no lo hará el capitalismo sin asegurarse antes en su mano los elementos necesarios para recortar las alas a semejantes aspiraciones, es decir, sin asegurarse que esos proletarios quedarán entregados, sin defensa posible a las aspiraciones del capitalismo que le haya prestado una ayuda. Sabemos que el capital no da nada por nada; todo lo cobra, y lo cobra además con crecidos intereses. Y la ayuda económica que pudiera prestar a España el capitalismo exterior, de cualquier país o núcleo que esta ayuda viniera, traería envuelta en sí misma la renuncia a todas las premisas ideales por las que tanta sangre va derramada en nuestros campos de batalla. El dinero que nos presten habrá que restituir-

lo, y restituirlo con intereses que se pagarán en independencia y en libertad de movimientos y de opinión de nuestro pueblo; éste perderá en facultad de autodeterminación lo que gane en facilidad de desenvolvimiento económico. Por esto, por todo esto, creemos firmemente que el pueblo español debe pensar en reconstruir su economía, pero contando primordialmente con su propio esfuerzo de una manera exclusiva, y sin acostumbrarse a la idea de lograr ayudas exteriores que, aun conseguidas, siempre nos resultarían demasiado caras.

Si hemos sido capaces de vencer en la guerra con nuestras exclusivas fuerzas, también lo seremos de vencer en las tareas ingentes de reconstrucción que la paz nos ofrecerá. Así es como deben pensar todos nuestros trabajadores. De sus brazos y de sus cerebros saldrá el porvenir de nuestro país; sólo de sus brazos y de sus cerebros, si queremos que ese porvenir se encuentre totalmente libre de cualquier influencia extranjera, de cualquier mediatización por parte de quienes habiendo dado como uno, querían cobrarse, cuando el día oportuno llegase, un mínimo de diez.

Son estas ideas, ideas base; debemos pensar en lograrlo todo por nuestras virtudes y por nuestra voluntad de superación y de sacrificio.

PELICULAS CORTAS

¡No le toques!

Nuevamente ha empañado el azul de nuestro cielo el aliento fétido de la sarcástica burla. Nuevamente, en la tarde de ayer, los aviones del crimen, arrojaron sobre nuestro pueblo un puñado de panecillos —pan de chulo— como en tono de eufemismo se le conoce a la miserable "gesta". La reacción callejera —¡oh si está película se impresionase a la vista de los vendedores de patatas!— fue en extremo elocuente. Como una sola voluntad, como una sola repulsa, los transeúntes miraban indiferentes el trágico regalo, acertando los menos en recoger el envío, para entregarlo diligentemente a los representantes de la autoridad. Magnífico desdén en magnífica réplica. Subrayando esta reacción unas vibrantes frases de desprecio servían de cortejo, al paso veloz de los aviones de la muerte. Cada imprecación era un certero disparo, que se clavaba en el centro de la órbita de sensibilidad de los actores de la ridícula y triste exhibición. Pasó la "broma". La normalidad ininterrumpida —dejando se-

van a tomar en serio por parte de los vecinos de Madrid, las medidas naturales de previsión en caso de posibles agresiones?— siguió imperando en la calle.

En una esquina de la Plaza Mayor, unos chiquitines, olvidando el espectáculo, siguen entregados a sus juegos. De pronto, uno de los pequeños se muestra sorprendido, al descubrir entre unos escombros un panecillo de los arrojados por la facción minutos antes. Sobre un charquito de sangre recién coagulada, el pedazo de pan se esponja sensiblemente.

—No lo toques —grita otro de los niños— que es sangre del Rafa, que anoche lo mató un obús, ahí mismo.

Los pequeños hacen corro en silencio, en una muda emoción, recordando al compañerito asesinado. Y el panecillo de los fascistas, rojo de sangre roja, como corazón gigante, se queda allí, como símbolo de bárbara cretinidad. Y en vano los muchachos pretenden reanudar sus juegos infantiles. Sus ojos nublados por el recuerdo siguen fijos allí, en el sitio donde explotó el obús carniceiro. Donde un panecillo, como cruz infamante, señala el lugar donde se eleva un monumento a la inhumanidad salvaje de los traidores de España.



Ha dicho el presidente del Consejo de Ministros que triunfaremos; que nuestra lucha puede ser cuestión de semanas, de meses o de años, según se nos haga justicia, se nos ponga obstáculos o se pretenda asfixiarnos. Y así no acabará el peligro de amenaza a la paz.

Eso es. Exactamente.

Las complacencias democráticas, hijas del propio miedo, consecuencias del más cruel egoísmo, podrán aumentar las audacias de la bestia fascista desbocada en tierras de Europa y más aún de España, pero no podrán nunca conseguir que se apague en nuestro pueblo el grito de libertad e independencia.

No es nuestro pueblo el esclavo del mercado internacional, cuya suerte depende de la bolsa o la voluntad del mejor postor.

No ha descendido el espíritu de los descubridores a la baja de dejarse uncir a la carroza de los triunfadores de la audacia.

En España, en nuestra España, continuamos siendo españoles.

Y si hubiera alguien que pretendiera ignorar el verdadero espíritu de libertad e independencia de nuestro pueblo, ya lo ha dicho el presidente Negrín:

"... el pueblo le arrastraría y la posteridad le cubriría de oprobio."

Porque se levantarían contra él los héroes caídos en la defensa de las libertades del pueblo.

Porque se levantarían contra él los clamores de las mujeres y los hijos de españoles, que con la elevación de alma más grande que ha conocido el mundo, soportan las penalidades que acompañan a toda guerra.

Y los héroes caídos, los inocentes inmolados cruelmente, los indefensos fuertes en sus sinsabores, las ciudades rotas, los campos arrasados, llenarían toda una vida de indignación y de justicia que aplastaría al falso apóstol de la falsa paz, que hablaba de capitulaciones.

Nuestra lucha será de semanas, de meses o de años, según se nos trate y porque en cada español queda latente un fermento de libertad, que no puede apagarse más que con la muerte o con el triunfo de los derechos de la independencia absoluta.

Visado por la censura

VOCES DE LA CALLE

Domingos madrileños

Domingo otoñal de un octubre madrileño, decente, meteorológicamente considerado. Han callado los cañones, el cielo azul permite que el sol caliente ligeramente. Un buen ciudadano abandona el lecho al rayar el día, bebe una infusión de agua de cebada oscura, sin azúcar y sale a la calle para recoger el "metro". Primer contratiempo: en la taquilla de la estación no hay cambio para una moneda de 50 céntimos, y nuestro excursionista tiene que esperar hasta que llegue un viajero con cambio necesario, y mientras, piensa lo fácil que sería que en las estaciones hubiese suficiente cantidad de boletos canjeables por billetes, ya que el Gobierno no se decide a poner en circulación sellos moneda en cantidad. Por fin puede coger el "metro" a empujones; también cree que sería no muy difícil que un empleado enseñara a los olvidadizos viajeros que, antes, en tiempos de paz, se decía que la salida era por el centro y la entrada por las puertas laterales, facilitando enormemente la entrada y salida en los coches.

Difícil es dar un golpe de mano para apoderarse de una posición enemiga, pero y el coger un tranvía de los que hacen el servicio al vecino pueblo de Puencarral, es fácil? Los que forman el Comité de empresa de la Compañía deben haber olvidado que el tranvía era el medio de locomoción que ellos sin duda empleaban. ¿Por qué no aumentar el número de coches para comodidad del público? Agarrado fuertemente a un saliente del tranvía, con grave riesgo de su vida, logra llegar al vecino pueblo. Desde allí, carretera adelante, en busca de unas verduras, de unos kilos de uvas para sus chicos y compañera; admira el color de los campesinos, los encuentra gordos en comparación con sus familiares; y al cabo de mil trapicheos consigue unos manojos de acelgas y unos kilos de tomates. Después de una marcha de muchos kilómetros consigue, por fin, llegar a Madrid; vuelta al "metro", y cuando puede dejar en el suelo la carga, recostado sobre una puerta se queda traspuesto de cansancio y de debilidad.

En una estación interrumpen gran número de jóvenes de ambos sexos, van bien vestidos, y empujan a nuestro hombre hacia un rincón; en su sopor cree escuchar las siguientes frases:

—Chico, lo que me he divertido, yo no me perdí ni una sola pieza.

—Toni baila formidablemente.

—La Tere está imponente, el domingo próximo liemos quedado en volver al baile.

—Verás, mamá, la bronca que nos echa.

—La dices que tiraron obuses, que se paró el "metro", cualquier cosa, ahora con esta maldita guerra no es extraño que sucedan toda clase de contratiempos.

Por otro lado oye a dos:

—¿Has estado en el partido de fútbol?

—Claro, hombre, ¿quién se lo perdía?

—Yo fui al festival, comí colosalmente, después hubo baile, había unas chicas muy guapas; en fin, que he pasado una tarde excelente.

El sufrido padre de familia despierta. —Le parece vivir días anteriores a la guerra—, piensa que tal vez la realidad sangrante que vivimos sea tal vez una pesadilla, y que las cortadas frases que ha creído oír sea consecuencia de vivir en plena normalidad. Pero al subir al ni-

vel de la calle y ver los faroles apagados, Madrid envuelto en tinieblas, y escuchar a lo lejos el estampido del cañón, vuelve a la realidad. En su casa los chicos se abalanzan sobre los tomates y las uvas, él, mientras come, o hace que come, medita; piensa en la guerra y en los que a pesar de la guerra tienen aun humor para divertirse; en los que con inútiles pretextos organizan festivales o bailes para distraer a los sufridos combatientes de los frentes de Ivory y Negresco, y no pue-



Yanquilandia, ante la actitud vergonzosa de las democracias, mira con desdén a Francia e Inglaterra. El crimen inútil solo merece indiferencia y asco

España no tenía importancia. Así pensaban junto al Támesis y el Sena. Arreglamos el problema español, localicemos esa guerra civil peligrosa, pensaron al otro lado de los Pirineos y del Canal de la Mancha, y se dieron a la faena de bomberos de nuestra guerra, pero de la manera más peregrina y torpe. Querían que las llamas terribles de nuestra guerra no llamearan más allá de nuestros límites territoriales; que el dolor de una guerra entre españoles nos aniquilaría un poco más... España se organizaba, encontrándose a sí misma, y esto era un peligro, puesto que conocían nuestra capacidad de resistencia. Sabían de lo que es capaz un pueblo cuando "quiere", cuando se pone en pie y dice, resuelto, convencido de que ha llegado su hora: ¡aquí estoy!

No pudo ser más colosal el error de las potencias democráticas, herederas del espíritu fraccionador de los gobernantes francoingleses desde el 1640: que España se escinda, que España no llegue a ser una unidad geográfica y espiritual. Y la guerra civil desencadenada por las fuerzas, por las clases que hicieron posible la taimada política francoinglesa desde la fractura de la Península en dos, con la separación de Portugal, vió complacida nuestra sangría: España no sería potencia inquietadora en muchos años; ni el fascismo ni la revolución popular podrían desarrollar sus ideas, puesto que una guerra moderna es devastadora, como se demostró en la del 14. Y en el Quai d'Orsay los técnicos de la diplomacia, como en el Foreign Office los imperialistas educados en los textos de la política de Disraeli y Salisbury, celebraron nuestro drama, mientras contemplaban el tablero de Europa... Francia e Inglaterra seguirían sólidamente atrincheradas en sus fronteras de agua y rocas, sin riesgo de que de este lado de los Pirineos pudiera formarse un peligro serio. Y en tanto, se armaban, preparándose para el supuesto de que los fascismos famélicos les provocaran a la batalla hegemónica.

El error no pudo ser más craso. Los técnicos del Quai d'Orsay como los del Foreign Office, se pasaron de listos. En el artero juego diplomático se encontraron con unos negociadores que jugaban con las cartas marcadas, explotando la ingenuidad de los caballeros franceses y de los honorables sires y lores de la

de contener una lágrima al recordar al hermano muerto en un frente, y a los que hacen sonar los fusiles y las ametralladoras mientras otros marcan pasos de baile al son de músicas modernas.

Domingos madrileños, seguid con cara seria para que pronto recobréis una fisonomía alegre, mucho más alegre de la que se os pinta en los sainetes y que la modernista que teniais antes del 19 de julio: la seriedad de hoy será la risa del mañana.

Gran Bretaña, tan fríos, tan dueños de sí mismos... Y las cartas marcadas ganaron la partida a las sonrisas alargadas, a las frases convencionales, a los arrumacos cancillerescos. Y ahora, pasados aquellos días de optimismo, nos encontramos con que la diplomacia francobritánica ha perdido todas las jugadas, con esta perspectiva tan poco halagüeña: para recuperar lo perdido tendrán que arrostrar lo que tanto temen las potencias democráticas, tan contentas con nuestra sangría; es decir: la guerra. Pero con muchas posiciones perdidas a favor de las potencias fascistas, dueñas de las rutas vitales del Mediterráneo, de la Europa Central y de una moral de victoria, forjada en las entregas, en las transigencias suicidas, que ha significado la sabia política de París y Londres.

Fracaso rotundo, en fin, de un sistema político, como lo demuestra lo acontecido hasta hoy, así como la actitud de Yanquilandia, reflejada en un artículo de Stone, publicado en el "Foreign Polyt", donde dice este observador prestigioso, refiriéndose a la política puesta de manifiesto en Munich, que si Chamberlain sigue su manera de apaciguar con nuevas concesiones a los dictadores, Washington permanecerá completamente aparte de este duelo entablado entre las democracias, tan vacilantes como transigentes, y las autocracias, cada día más envalentonadas y fuertes. O lo que es lo mismo: Francia e Inglaterra ven aumentar el poder de sus enemigos al mismo tiempo que los amigos les vuelven la espalda, con hosco gesto de indignación y desdén.



JALEA. — Estado involuntario de las solteras de treinta... cuando no son histéricas.

JAMELGO. — Caballo "venido a menos".

JAMON. — Marranada comestible, descable, ocultable, digestible, y, por tanto, especulable.

JAMONA. — Treinta años, bien de aquí (!)... y bien de aquí (!)..., y aquí te espero.

JARABE. — Dulce... con azúcar.

JARANA. — Manzanilla con altavoz.

JARDIN. — Colegio de flores.

JARRAS. — Antepalco de "¡Só tía tal... ¡só cual!"

JARRITA. — Postura agraciada que le hacen a uno poner cuando tiene que "sacudirse la tela" por un caprichito.

JARRON. — Parachutista sin paracaídas.

JAUIJA. — Para algunos que conocemos es el país ideal en el que no falta nada... ni aun guerra... Una especie de Madrid, ¿verdad, camaradas?

JAULA. — Secante de libertades.

¡JE, JE, JE! — Alegría picada de viruelas.

S. U. de las I. del P. y A. G.-C.N.T.

El Partido Socialista sale al paso del movimiento de los jóvenes del Partido

De todos es sabido y recordado el clima que produjo la formación de las Juventudes Socialistas Unificadas, que se llamaron así porque se unificaban los jóvenes socialistas con los comunistas, aceptando el conglomerado la dirección de estos últimos. Era natural que esa unificación que más bien resultó absorción, trajera, a través de la guerra, pequeñas pugnas. Los jóvenes socialistas, en fin de cuentas, tenían un marchamo heredado de sus mayores. Los comunistas nacían con otro marchamo a la vida política. Temían que producirse, sin violencias y como consecuencia del choque de dos modos y métodos distintos de enfocar los problemas, estados de opinión y de pasión.

Antes de que ese estado pudiera degenerar en movimientos perjudiciales para el antifascismo, la Comisión Ejecutiva del Partido Socialista Obrero, ha publicado una circular interesante. Recordemos que es secretario de la Ejecutiva Ramón Lamóneda, que tuvo, por cierto, activa intervención en la preparación del clima que formó la J. S. U. Por conocer bien Lamóneda todos los entresijos del movimiento, hay que suponer que ha sido el inspirador de la circular a que nos referimos. Lo más interesante de la misma es el siguiente párrafo:

"Fieles a nuestro criterio de que los jóvenes sean los primeros en la acción, pero no guías en la doctrina, y mucho menos focos de actividades de grupos o tendencias, recomendamos a nuestros Comités Provinciales y locales designen a uno de sus miembros, en concepto de secretario juvenil, para que se relacione con esta Secretaría nacional en todo cuanto afecte a problemas de la juventud en su relación con el Partido, oponiéndose a todas otras actividades personales, ya que nadie ha sido autorizado por nosotros para intervenir en esta cuestión."

Se observa cómo preocupa a la Comisión Ejecutiva del Partido Socialista ir pulsando la opinión de los jóvenes socialistas desvinculados de la J. S. U. Y es interesante medir el papel que les reparte: "los primeros en la acción, pero no guías en la doctrina". Reconoce que son los llamados a realizar, por impulso, agilidad y años, movimientos en los que haya de triunfar la acción, pero supedita ésta a la doctrina del Partido, es decir, a los acuerdos y orientaciones del mismo. No se trata, pues, de formar una nueva Juventud Socialista, con sus afanes y autonomías propios. Se trata, simplemente, de encuadrar dentro del Partido a los jóvenes, escuchándolos a través de esas secretarías juveniles.

El paso tiene, de todas maneras, mucho interés. Siendo esas las consecuencias, hay una que resalta: que los jóvenes socialistas de hoy no han encontrado en la J. S. U. el lugar adecuado para desenvolver sus pensamientos y doctrina. Y, quiera o no la Ejecutiva del Partido al calor de esas secretarías que manda crear se agruparán los jóvenes socialistas. Queda por saber si la de tener la experiencia volumen importante o si ha de quedar en experiencia que marque otros derroteros; es decir, si los jóvenes socialistas encuadrados en la J. S. U. volverán a las filas de las que salieron o seguirán aceptando la disciplina de esa Organización que ya hemos dicho está dirigida por los jóvenes comunistas.